



Mi confesión
por Carlos Camacho

Aunque me he esforzado, no sé si he podido amar a Dios con TODO mi corazón, con TODA mi alma, con TODAS mis fuerzas, con TODA mi mente.

Casi nunca he amado al prójimo como a mí mismo. El sermón del monte, me es tan difícil vivirlo.

Y lo peor de todo, he sido un desobediente del nuevo mandamiento que el Señor nos dejó. Creo que nunca he amado a mis hermanos COMO Cristo me ha amado.

He sido un desobediente de los más importantes mandamientos. Estoy cansado de arrepentirme una y otra vez cada día.

¿Cómo un desobediente como yo puede tener paz?

¿Soy salvo, yo un desobediente constante?

La duda me persigue.

Sí, es verdad, soy fiel a mi esposa; hago algunas buenas obras; donde me congrego alaban a capela y las mujeres no predicán; participo de la cena del Señor cada domingo...; oro con frecuencia, sobre todo para pedir perdón; también leo la Biblia, más que nada, los pasajes que los predicadores usan en sus sermones y que me recuerdan lo culpable que soy.

¿Será suficiente obediencia para que la ira de Dios no caiga sobre mí en el día final?

¿Será suficiente lo que hago para tener vida eterna?

Espero que sí, pero me angustia esta duda, al no saber con certeza que soy salvo. Lo más probable que no, por ser desobediente a sus más importantes mandamientos. Pero tal vez Dios me reciba en su presencia a pesar de lo desobediente que soy... tal vez sí.

Tengo un rayito de esperanza, aunque no suficiente para dormir tranquilo. Así que seguiré congregándome para cumplir y tal vez Dios se agrade por lo poquito que hago por Él.

Un momento... aquí dice:

“TENEMOS PAZ PARA CON DIOS...” (Rom 5:1)

¿QUÉ ES ESO? ¿PAZ? ¿CUÁL PAZ? ¿CÓMO? ¿QUIÉNES?